



CAPÍTULO VI.

—
EN EL CUAL SE VERÁ BAJO QUÉ AUSPICIOS
VUELVEN Á ENCONTRARSE GÓMEZ
Y SALOMÉ.

APARECIERON detrás de los exploradores como seis hombres á caballo.

Carlos y Salvador regresaron para dar la voz de alarma.

Bajaron los hombres de los coches, y desde aquel momento empezó á reinar la mayor confusión y desorden; todos gritaban y ninguno podía entenderse.

Carlos, Salvador, otras dos personas y dos de los criados se posesionaron de un punto avanzado sobre unas rocas.

Los coches ocupaban una larga línea que podía ser atacada por varias partes con ventaja.

Otro pelotón como de cinco hombres apareció por el lado opuesto.

Carlos y Salvador hicieron fuego los primeros con sus rifles, y el grupo de seis hombres contestó los tiros avanzando: por el extremo opuesto se oyeron también tiros, siendo entonces los ladrones quienes descargaron sus armas contra los últimos carruajes.

Era el terreno un callejón sin salida, y los viajeros estaban atacados por los dos extremos del convoy.

Á los fuegos de Salvador y Carlos hubieron de replegarse los seis bandidos que los atacaban, moviéndose sin cesar y haciendo fuego.

—¡Castaños! ¿Dónde está Castaños? gritaban unos.

—¿Y Santibañez?

—¿Dónde están los que tiran bien?

—¡Á ellos!

Cuatro de los criados, de los mas intrépidos, aparecieron sobre la eminencia, en faz de atacar á los seis ladrones.

Carlos y Salvador tuvieron que suspender sus fuegos.

—Cuida el otro extremo y haz que se defiendan, dijo Carlos á Salvador; yo avanzo para sostener aquel ataque.

Salvador obedeció poniéndose en seguida á la cabeza de los que defendían la retaguardia.

Habíase empeñado una encarnizada lucha entre los cuatro criados y los seis bandidos que atacaron primero, mientras que los cinco, á quienes atacaba Salvador con los que le ayudaban, se replegaban incesantemente.

Castaños, aunque había disparado algunos tiros al aire y sin acercarse demasiado al peligro, se encargó empeñosamente, según él decía, de poner á las señoras en puerto de salvamento, haciéndolas descender hasta

el arroyo para resguardarlas de las balas que silbaban sobre sus cabezas.

Á pesar de todos los esfuerzos de Castaños, no pudo lograr que todas las señoras estuvieran juntas.

En el grupo mayor no estaban ni doña Refugio ni Luisita, á quienes no pudo encontrar Castaños.

La noche se presentó negra y pavorosa, y á los dos extremos del convoy se veían claramente los fogonazos de las armas de fuego de una y otra parte; y cada detonación repercutía sus ecos en aquellas desiertas y áridas barrancas, de manera que el fuego parecía mas nutrido de lo que era en realidad.

Los criados de Salvador habían cobrado ánimo y azuzaban á sus enemigos gritándoles improperios, que eran contestados por parte de los bandidos con espantosas maldiciones que hacían estremecer á las señoras, quienes en esos momentos formaban un grupo compacto al rededor del padre González.

Los fuegos se fueron apagando poco á poco y sólo resonaba uno que otro tiro contestado siempre.

Llegó á reinar una oscuridad tan profunda, que asaltantes y asaltados no podían distinguirse sinó cuando disparaban sus armas.

El ataque se hizo de repente mas vigoroso por la vanguardia, y allí acudieron los más de los criados y de los viajeros útiles para defenderse.

Mientras que se concentraba toda la atención en aquel ataque, una escena singular pasaba en el extremo opuesto.

Doña Refugio y Luisita habían sido sorprendidas en su escondite por dos hombres de á pié que las amagaban con puñales, obligándolas á callar y á entregarles las alhajas y el dinero.

Castaños, que había ido en busca de doña Refugio, y que había ya descargado su pistola, llegaba á tiempo de este asalto parcial, pero no habiendo sido sentido se ocultó en unas malezas á algunos pasos de la escena, sobrecogido de pavor.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTENEGRO, SERBIA

Un tercer bandido amenazaba á otra de las señoras, á quien no podía distinguir Castaños á causa de la profunda oscuridad del lugar.

Los gritos de las señoras se confundían con los de los criados, y todos se perdían en el incesante rumor que producían algunas cascadas que se precipitaban por varios puntos al fondo de la barranca.

Pero á pesar de estos rumores, Castaños pudo hacerse cargo de la situación, oyendo estas palabras:

—¡Mátame, infame! soy yo.

—¿Tú, Salomé, tú? Ven, vámonos.

—¿Por qué no me heriste antes de hablarme?

—Cállate, y no digas mi nombre. Vámonos.

Esta palabra la pronunció Gómez tan alto, que sus compañeros la tomaron por la señal del peligro, y, abandonando á sus víctimas, se perdieron entre las sombras.

Castaños, que había tenido tiempo de poner tres cartuchos metálicos en su pisto-

la, preparó, apuntó á Gómez y dejó ir el tiro.

Gómez dió un grito, que fué seguido de otro de Salomé.

A la sazón se acercaban á aquel lugar dos de los criados con Salvador, y Castaños, saliendo de su escondite, gritó:

—Sr. D. Salvador, por ahí, ¡A ellos! están á pié, y acabo de herir á uno: no deben estar lejos.

Los criados metieron sus caballos entre las malezas, pero éstas eran tan espesas que no pudieron avanzar, y se contentaron con hacer fuego en la dirección que les había indicado Castaños.

El ataque de la vanguardia había cesado completamente.

Carlos había avanzado, con su grupo á caballo, por la parte mas alta del terreno, y todavía hizo disparar algunos tiros en la dirección que habían tomado los asaltantes.

En seguida envió un criado con orden de que sólo las señoras montaran en los carruajes, y que los hombres caminaran á pié y á los lados del convoy.

El cielo empezaba á despejarse y aparecían algunas estrellas: el azul del cielo era claro en cada jirón de nubes que se rasgaba, porque la luna ya estaba bañando con su luz todo el espacio.

Habían resultado algunas señoras accidentadas, entre ellas Carolina, que padecía ataques de nervios.

Doña Refugio y Luisita estaban altamente preocupadas con motivo de la escena que habían presenciado entre Salomé y Gómez.

Se acercó Castaños al coche que estas ocupaban, y parándose en el estribo, preguntó:

—¿Dónde está la mujer?

—¿Quién?

—La protegida de usted, señora; ya habrá usted comprendido que nos hemos echado una víbora al seno.

—¿Usted sabe?

—Sí, señora; yo fui quien disparé sobre el bandido. Yo decía bien: esta mujer es espía de los ladrones.

—¿Y la traemos con nosotros? dijo Luisita.

—Yo ya avisé á Carlos para que la custodien.

—¿Y qué se ha hecho?

—Dijo que si nos volvían á asaltar, mandaba fusilar á la mujer.

—¡Es posible! ¡qué atrocidad!

—Y en llegando va á dar á poder de la justicia.

—Eso sí me parece mas justo, dijo Luisita.

—Hemos sido las únicas robadas, dijo doña Refugio.

—¿Siempre perdieron ustedes algo?

—Los relojes.

—Yo les dí mi bolsillo, agregó doña Refugio.

—¿Cuánto lo siento! exclamó Castaños.

—De santos nos damos, porque peor hubiera sido otra desgracia.

La escena del bandido y Salomé circulaba ya entre todas las señoras, porque Castaños más que de cuidar el camino, se en-

tretenía en llevar la noticia de coche en coche para dar pié á la conversación y á los comentarios.

—¡Bien decíamos! exclamaban las señoras, si esa mujer no podía ser nada bueno; hay que desconfiar ya hasta de los limosneros.

—¿Y qué le harán?

—La van á entregar esta noche á la justicia.

—Harán muy bien.

—Ya se vé que sí.

Ya el convoy había logrado trasponer la altura, y descendía por mejor terreno, y alumbrado por la luna, á la llanura.

A poco andar, Carlos se unió con los demás y preguntó si alguien faltaba.

Tardaron algún tiempo en reunirse todos, y por fortuna no había que lamentar ninguna desgracia, excepto el robo de doña Refugio y Luisita.

Había que atravesar un llano, á cuyo extremo brillaban algunas luces.

—Allí está la hacienda, dijeron algunos.

—¿La hacienda grande?

—No, contestó Salvador, la otra; allí nos quedamos esta noche.

—Ya no hay peligro, dijeron algunos, y el terreno es magnífico.

—Sobre todo, dijo Carlos, no tardarán en venir á encontrarnos.

—Aquí estaban los de la hacienda, dijo un criado.

—¿Y qué se hicieron?

—*Pos* echaron mucha bala á los *mañosos*, y si no ha sido por ellos, se nos meten, dijo otro de los criados.

—¿Tú los viste? le preguntó Salvador.

—Sí, señor amo, sí; por eso no entraron; eran como veinte, pero los de la hacienda los cortaron.

—Pues ahora sí vamos seguros.

—¡Pues vaya, amo, cómo no! si *chinampearon*.

Con esta seguridad, todos montaron en los carruajes.

—Bien lo necesitábamos, exclamó uno

que venía cojeando; me he sumido en el lodo hasta las rodillas.

—Y yo estoy empápado.

—Y yo arañado de la cara.

—Pero no nos robaron.

—Nos libró Castaños, dijo el pollo que no desperdiciaba ocasión para provocarlo.

—¿Cuántos mató Castaños? preguntó ingenuamente la polla que tenía más fé en este tirador.

Una risa general acogió esta pregunta.

La animación reinó entre los pasajeros al verse completamente libres de todo peligro, y poco tiempo tardaron en llegar á la hacienda, adonde los esperaban muy diversas y no menos notables impresiones.



CAPÍTULO VII.

EL RECIBIMIENTO.

AL aproximarse la comitiva como á unos doscientos pasos de la finca, rompieron el aire los ecos de una música de viento, que si bien hubiera podido tener más armonía, no por eso era menos estrepitosa, especialmente por lo tocante al que golpeaba la tambora, pues su entusiasmo excedía con mucho á todos los *fortísimos* de la pauta; de manera que el buey que estacó su piel en aras de Eu-